

## EL FANTASMA

POR

MARIO SORIA

Decía Marx, al comenzar su célebre *Manifiesto*: "Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo" (1), refiriéndose al temor que, según él, despertaba dicha concepción política y social, y a la persecución o, más bien, cacería (*Hetzjagd*) de todas las autoridades de entonces contra el temido espectro: el papa, Metternich, Guizot, Nicolás I de Rusia, metiendo así el ideólogo en el mismo saco, sin distinción, a quienes eran unos de otros aliados, afines o enemigos, y como si en 1848 hubiera sido el comunismo algo semejante al partido bolchevique de Lenin o al francés y al italiano de 1945. Pero sean de estas jactancias retóricas lo que fuese. *Transeat*, como diría un escolástico.

Hoy también recorre no sólo Europa, sino el mundo entero, el fantasma comunista; pero nadie lo persigue, sino todo lo contrario, porque es precisamente eso: sombra, larva, ectoplasma, duende. Debemos precisar que si ahora está en el mundo de lo imaginado, ilusorio, siempre estuvo en él, pese a las baladronadas de Marx. Ni fue ni es en realidad; ideal con el que se sueña, como los milenaristas suspiran por su paraíso: en este caso, la sociedad sin clases, que culmina con el hombre libre del anarquismo.

Por lo menos, esto le parece a toda persona que lea los periódicos, vea la televisión, oiga la radio. En cuanto suceda actualmente nada tiene que ver el comunismo, ni siquiera como causa remotísima. Son móviles, protagonistas, comparsas, ideas inducto-

---

(1) "Manifest der kommunistischen Partei, en *Die Frühschriften* (Estútgart, 1971), pág. 525.

ras muy distintos de los adeptos y conceptos comunistas; tan diversos como pueda serlo el ciclo de la tierra, lo ideal de lo real.

Si alguien objeta, para explicar hechos de hogafío, la existencia de gobiernos comunistas existentes en Rusia desde 1917 hasta 1989, por lo menos; en Hungría, de marzo a agosto de 1919; en la Europa central (otra vez Hungría), desde 1945; en China, comenzando cuatro años más tarde; en Cuba, a partir de fines de 1958; entre 1951 y 1979, en Nicaragua, Irak, Afganistán, Tibet, sin contar los intentos de dominar otros países mediante propaganda, golpes de Estado, subversión, huelgas, guerras civiles, cual fue el caso de Chile, España, Indonesia, Salvador, Guatemala, Angola. Si alguien objeta —decimos— esta actividad universal del comunismo, le responderán que nada de eso corresponde a la auténtica noción del régimen utópico, a su esencia gaseosa, a su condición de estrella rutilante en el cielo lejano.

Porque a menudo cayó el sublime proyecto en manos criminales, soñó el sueño una burocracia maligna convertida en oligarquía, y ésta lo adulteró todo. Quizá Lenin entendiera bien los magnos principios; pero, ¿pudo llevarlos a cabo? Algunos contestan afirmativamente hasta casi faltarles palabras con que enaltecer al caudillo revolucionario; sin embargo, cuando se les retruca indicando el despotismo impuesto por el gran hombre a Rusia, el exterminio de los adversarios políticos, el terror reglamentado y desencadenado, la miseria sin precedentes que causó el bueno de Wladimiro Ilich, entonces los ensalzadores abandonan el campo y se retiran a la trinchera de la ilusión, enquistándose allí, defendiendo la calidad abstracta, aún irrealizada, del comunismo.

Tampoco es responsable el último de haber espantado de tal modo a la burguesía occidental por cuanto ocurría en Rusia desde 1917, que propició la reacción nacionalista, especialmente en Italia y Alemania, amenazadas por la revolución y atada la segunda de pies y manos gracias al tratado de Versalles (2). Ni es responsable de haber dado a otros totalitarismos ejemplo de genocidio de cla-

(2) Sobre la tesis del historiador germano Ernesto Nolte, acerca del concepto defensivo del nazismo, véase la revista argentina *Disenso*, núm. 16 (Buenos Aires, julio de 1998), págs. 11 y sig.

ses sociales enteras, y hasta de poblaciones completas, sin exclusión de mujeres y niños, mediante campos de exterminio, fusilamientos, deportaciones a lugares inhóspitos, expropiaciones y reducción a la necesidad extrema. Lenin y Stalin son anteriores en sus mortíferos procedimientos a Hitler, que no llega al poder hasta 1933, varios años después de creados la "cheka" y el "gulag".

Con todo eso, no es el régimen de que hablamos reo de nada condenable, en ningún lugar del mundo. El *Libro negro del comunismo*, por ejemplo, que calcula las víctimas de dicho sistema político en más de cien millones de muertos, conforme a documentos históricos, datos demográficos, noticias bien conocidas, ese libro es falso de principio a fin. Y lo es, porque atribuye a un fundamento irreal la comisión de los horrores catalogados en la obra país por país, ya que de los mismos fueron responsables (si lo fueron) políticos pseudocomunistas, bravos luchadores antifascistas, quizá el pueblo que se defendió de sus enemigos, cometiendo tal vez uno que otro exceso.

Si hablamos del alzamiento español de 1936 o del húngaro, veinte años más tarde, se atribuirá el primero no a la amenaza marxista y los desafueros rojos de toda clase, sino a las intrigas de un puñado de generales, obispos y duques; el segundo no será fruto de la tiranía ni de la invasión: lo será del engaño que por obra y gracia de los revolucionarios desvió a estudiantes y trabajadores. Si nos referimos al levantamiento militar chileno de 1973, vano será buscar el origen del mismo en otra parte que la malevolencia del ejército y los empresarios de ese país contra un gobierno amable y popular, que regía una tierra similar a la Arcadia feliz (3). Por consiguiente —y seguimos hablando de Chile—, la represión que siguió al levantamiento era absurda por carecer de motivo adecuado, e inicua, pues castigó a irreprochables ciudadanos. Que la revolución castrense se adelantara a la revolución marxista y que ésta hubiese tramado la eliminación de miembros de las fuerzas armadas, periodistas, jueces, propietarios, tal circunstancia ni disculpa a los vencedores, ni mancha la inocencia de las vestales ultrajadas.

---

(3) MARIO SORIA, "Chile. Cuento de primavera", art. publ. en la revista *Roca Viva* (noviembre de 1998), págs. 432 y sigs.

Mansamente divulgan los comunistas su ideal; lo predicán entre sonrisas y argumentos persuasivos. Contemplan su perfección y excelencia; suspiran por él; intentan limar alguna rara arista; escriben sin acritud acerca del mismo; discuten amigablemente con los adversarios; tienden la mano, que no garra; invitan a comer en señal de paz, y para comer con ellos no es necesaria cuchara de mango muy largo, como dice el refrán alemán que se necesita para cenar con el diablo. ¿Y si alguna vez, por milagro, como en un cuento de hadas, consiguieran los comunistas gobernar? ¿No se convertirían los corderos en tigres sedientos de sangre? ¿No se descubriría, entonces, que los pacíficos se truecan en asesinos, ladrones y torturadores? No, sin duda alguna, porque esto contradice la premisa de nuestro artículo o, por lo menos, la pretensión de los interesados. Además, como éstos nunca dominaron ningún pueblo, ¿con qué derecho se presumen tales barbaridades? Pero, concediendo dichas razones y otras parecidas, respóndasenos, ¿qué ideología inspiraba a Lenin, Stalin, Santiago Carrillo (4), Daniel Ortega, Tito, Luis Corvalán, Pol Pot y tantos otros que no han pasado a la historia del siglo xx con la fama de hermanas de la caridad? Difícil de contestar, imposible quizá de contestar, dado que se llamaban todos ellos comunistas sin serlo, de manera que sus crímenes procedieron de otra fuente.

Otra consecuencia de la condición etérea del comunismo es la superfluidad de su mención. Porque, ¿qué interés tiene el hablar de algo inefectivo, cuando de sucesos políticos se trata? Así, respecto de la situación presente de Timor oriental, se cuenta muy rápidamente la retirada de la isla, del ejército portugués, en 1975; la invasión indonesia del mismo año y los acontecimientos que todos conocemos. Pero nadie refiere cuanto indujo al repliegue lusitano y a la ocupación que decidió el general Suharto. No se dice que dicha retirada la llevó a cabo el régimen de Lisboa que había seguido al derrocamiento de Marcelo Caetano, régimen plagado de comunistas y socialistas; no se dice que des-

---

(4) Contra Carrillo se presentó una querrela en Madrid, febrero del pasado año, por genocidio; hasta hoy, paralizada en el juzgado, suponemos que debido a la inocencia del personaje.

pués de haber abandonado la provincia portuguesa de Timor el último soldado metropolitano, se apoderaron del gobierno los comunistas y asesinaron a centenares de nativos opuestos al inaprensible, inmaterial, intangible sistema. Todo esto señalamos, siendo fábula o imputación calumniosa a irreprochables varones, ¿para qué narrarlo? Ni siquiera, tal vez, con el fin de refutarlo, que no vaya a saltar otra liebre, más vigorosa, viva y activa, y se encuentren los replicantes en apuros.

No hay, pues, contingencia ni pretexto para tildar a los comunistas en estos casos u otros similares; pero sí es preciso no dejar que pase la menor ocasión de defenderlos, especialmente si los adversarios de los mismos les atribuyen cualquier crimen, conspiración o plan asesino. Llorar por los comunistas muertos, como se hace en la Argentina, donde a las "madres de mayo" han seguido las "abuelas" del mismo mes, las "tías", "primas" y demás sorprendente parentela; novelar relatos innumerables, trufados de episodios truculentos, no parando mientes en la inverosimilitud ni en el ridículo; todo esto sirve para establecer con la condición de principio natural indiscutible la inocencia marxista y la maldad de sus acusadores y enemigos, e impide también interrogarse de dónde sale el dinero necesario para viajes, folletos sin cuento, conferencias de prensa, oficinas, entrevistas políticas, secretarías y demás de estas nutridas asociaciones humanitarias, donde nadie vive de engañar despertando la compasión y mintiendo, porque todos sus miembros pretenden sólo defender la verdad.

Tampoco hay que perder la oportunidad de denigrar, secuestrar, procesar al general Pinochet, que creyó, en 1973, salvar a su patria de una peste que, afectándola, la habría convertido en otra Albania u otra Cuba, pordiosera, aterrorizada, llena de cadáveres de ejecutados, tiranía de cárceles repletas. Ni la oportunidad de denigrar al general Suharto por haberse adelantado, en 1965, a la revolución que tramaban los marxistas y haber dado buena cuenta de los conspiradores, mediante la mayor operación de limpieza política llevada a cabo contra el comunismo desde 1945. Ni menos todavía el momento propicio de difamar al general Franco por haber fusilado a cómplices y secuaces de Santiago Carrillo, la "brigadilla del amanecer" y otros grupos y personajes benefacto-

res, laudablemente retratados en la *Causa general*. En fin, de continuo hay que deplorar el holocausto comunista, es decir, no el que, según todas las apariencias, cometieron los sectarios del sistema, sino el que hipotéticamente ellos sufrieron: he ahí tarea en la que con esfuerzo incansable se empeñan los medios de comunicación occidentales, especialmente los europeos.

Hace poco se ha corroborado, gracias a los archivos abiertos de la policía secreta rusa, la sospecha de que varios periodistas y negociantes franceses e italianos se hallaban al servicio del Moscú soviético. El investigador, Basilio Mitrojin, exfuncionario de dicha policía, ha aportado, en un informe que llega por lo menos hasta 1992, revelaciones obtenidas pese a las dificultades que le imponían las autoridades marxistas de la época. De dicha colaboración, doblada a menudo de espionaje, no se tenían noticias tan exactas, pero —acabamos de señalarlo— se barruntaba la existencia de vasallos-informadores del Kremlin en los principales medios de comunicación occidentales. Habló de ello, hace ya algunos años, Juan Francisco Revel en su libro *El conocimiento Inútil*, y lo repitió la novela traducida al español con el título de *El pincho*, de Arnaldo de Borchgrave y Roberto Moss. Hoy todo esto se ha confirmado, al menos para los dos países mencionados. Aún esperamos que se descubra algo de España.

Tarea de estos "topos", como se los llama en la jerga usual, era censurar toda noticia que pudiese poner en tela de juicio sistema, persona de fuste o actuación del comunismo. De esta forma desaparecían los hechos molestos, o bien se les quitaba importancia, o se los escamoteaba y diluía en un batiburrillo de otros sucesos, o se los reducía a pocas líneas y palabras, o se los colocaba en lugares donde pasasen inadvertidos. Y cuando resultaba imposible disimularlos u ocultarlos, se los comparaba con el sempiterno "fascismo", con lo cual resultaban amenguados significativamente, cuando no justificados y alabados. Huelga decir que jamás adulteraban las comparaciones y manipulaciones la verdad. Ya no existen "topos" al servicio del Kremlin; pero la adscripción ideológica sigue viva como siempre y actúa con la misma eficacia de hace años atrás, escondiendo, silenciando noticias, exagerando, mintiendo, diciendo a medias ciertas realidades.

La historia así escrita; mejor dicho, los diarios, televisión y radio así dirigidos constituyen una especie de jeroglífico para el común, supuesto que tenga éste propensión detectivesca y se tome el trabajo de desentrañar enigmas y de dar lógica a las paradojas. Entoncec es necesario leer, escuchar y ver diversos medios de comunicación, para después meditar, cotejar, interpretar, asentir, negar, completar empleando otras fuentes cuanto parezca ser falso o insuficiente, trayendo a la escena lo ausente, en unos pocos, dando carne y sangre al fantasma, y en otros desechando exageraciones, disipando embustes y embrollos. Tiene, por consiguiente, el deseo de encontrar lo cierto que ser casi una especie de experto en cifra, propaganda y contraespionaje, amén de no olvidar la historia, ni echar en saco roto datos económicos pertinentes, ni perder de vista la política pasada y la presente.

Han sido los anglosajones muy bien tratados por la historia, gracias a haber resultado continuamente vencedores, desde principios del siglo XIX, de casi todas las guerras, europeas y coloniales que emprendieron. Por esto tienen la aureola de caballeros, incapaces de cometer crimen alguno, defensores perpetuos de la justicia y la libertad de los pueblos. El haber sido, por ejemplo, inventores de los campos de concentración, durante la guerra de los boers, es algo sobre lo que se pasa de puntillas: gajes de ese crédito ilimitado. En cambio, el comunismo (o el sistema que así llaman) ha sido derrotado por doquiera; sus principios desprestigiados, hasta el extremo que pocos recalcitrantes todavía abiertamente los propugnan; sus secuaces que no han muerto en la cama, han tenido que travestirse de liberales o de socialdemócratas para seguir interviniendo en política, tras una gigantesca desamortización de diarios, tiendas, industrias de toda clase, bancos, materias primas, pasando los avispados de ser administradores a convertirse en opulentos propietarios: proceso llevado a cabo igual en Rusia, Eslovenia o Nicaragua, para citar tres países de distintas zonas geográficas y diversa cultura.

Derrotados, depredadores, pero provistos de mayor o menor prestigio. Mil circunstancias son fiadoras de la buena fama comunista, al contrario de los otros regimenes totalitarios, desaparecidos en la guerra mundial segunda. Sin reparos se les adjudica a

los secuaces de Lenin, Stalin y demás prohombres del sistema, un deseo generoso de regeneración de la humanidad, de crear un hombre nuevo, de liberar a los explotados y buscar la igualdad, de corregir drásticamente los defectos de una sociedad estratificada o esclavizada por oligarquías ocultas detrás del biombo de la democracia formal. Vencidos en la política, economía, sociología, religión, campos de batalla, han logrado, especialmente en Europa, apoderarse de la cultura, de tal modo que no ha variado la situación anterior a 1989, año que vio la desaparición del muro berlinés. Igual que hongos después de la lluvia abundan las apoteosis preparadas para celebrar personas y asuntos minúsculos, el aleccionamiento del público, la transformación de nulidades en genios, la difusión de determinadas obras de literatura, cine, filosofía, periodismo, teatro, historias, etc., cuyo argumento siempre exalta a los comunistas, se complace con sus principios, resulta grato a jefes y tropa de la facción marxista, los patrocina, disculpa, allanando el camino de la divulgación con influencias y dinero. Si Feltrinelli, Visconti, Moravia (méritos aparte) tuvieron en el partido de Togliatti y de Berlinguer peana para promocionarse y trompeta que repetía sus nombres hasta hacerlos famosos, ahora se halla la santa hermandad difundida por todos los países.

Se agrupan los iguales o similares; se amparan, aplauden, honran, repiten unos a otros; tienen sus editoriales, televisiones, mecnas, prensa, fundaciones, universidades, subvenciones del erario. Gallean al lado de sus adversarios ideológicos, cuando no intentan expulsarlos de la escena y reducirlos al silencio. En cuanto a los así amagados, deben evitar cualquier ataque a los poderosos intocables, caminar de puntillas para no alertar a los vigilantes ideológicos, so pena de ser tachados de enemigos de la convivencia pacífica o, lo que es peor, de "fascistas", aunque cuanto afirmen o denuncien sea obvio y nada tenga que ver la crítica con Mussolini y su sistema político.

Sorprendentemente, se repite en nuestros días aquello de *Graecia capta* (5) respecto de los comunistas. La historia antigua nos refiere la victoria póstuma de la facción senatorial romana,

---

(5) HORACIO, *Arte poética*, v. 156.



que sucumbió en la lucha entre César y Pompeyo, pero que acreditó sus puntos de vista en la cultura universal, gracias a filósofos, oradores, cronistas notables. Y nos refiere también la antigüedad el caso paradójico de la Grecia clásica, venerada por sus artistas, literatos, pensadores, guerreros, muchos de los cuales simpatizaban con los gobiernos aristocráticos de la época o con la monarquía persa, disgustados de la demagogia, la tosquedad y las injusticias del ágora. Con todo, se ha convertido la democracia en parte principalísima de la llamada "herencia griega", casi sin crítica ni discernimiento alguno. Y modernamente nos topamos con un ejemplo análogo, sin salir de casa. Hablamos de España en el aspecto militar y político. Aquí, la victoria antimarxista de 1939 se convierte paulatinamente en derrota a partir de 1975, año de la muerte de Franco. Una prueba estridente de ese vuelco sensacional de la situación ocurre en 1982, con el procesamiento y condena del general Jaime Miláns del Bosch, representante de un ejército que había ganado la guerra civil: Miláns, defensor del alcázar toledano, voluntario de la División Azul, militar que alcanza después los grados más altos de la jerarquía castrense.

Quienes habían mordido el polvo, han acabado alzándose con el santo y la limosna, versión moderna de los demócratas atenienses y los aristócratas de la Urbe.

Se agrupan los comunistas, y tal agrupación se parece como un huevo a otro a la academia platónica por la agudeza de las discusiones, lo elevado de las mismas, la distinción de los participantes, la libertad de los debates. Ni intrigas, ni zancadillas, ni ambiciones hay en ella, ni mucho menos exigencias de saber absoluto, según sostuvieron algunos impostores que las había, de manera que fuese necesario negar lo evidente, si así lo ordenaba el partido (6).

No se da, pues, censura alguna en esas juntas de sabiduría sagrada y profana. Mas, sorprendentemente, sí parece reflejarse semejante no ser fuera de aquéllas, y justo a modo de traba para el pensamiento libre.

(6) KOESTLER, SILONE, WRIGHT *et alif*: *Ein Gott der ketner war* (Múnich, 1962), págs. 9, 17, 29, 90 *et passim*. Iguales afirmaciones o sentimientos, de Sergio Bulgákov, Conquest, Kolakowski, Piatákov, Kaganóvich, Brecht y otros.

Claro está —repetimos— que no por culpa de los comunistas ni de sus simpatizantes nace el obstáculo, ya que de árbol bueno no pueden cosecharse frutos perversos: obstáculo que consiste en una rigidísima censura, si bien tácita, hipócrita. Ya tratamos de ello hace un tiempo (7). Desde entonces no ha hecho la situación sino agravarse. Además de resultar muy difícil impugnar al comunismo o a sus seguidores, se han redactado algo así como listas negras de escritores que no se avienen con aquél y a los cuales ni se menciona ni edita, o apenas reciben una desdeñosa alusión, toda vez que es imposible dejar de hacerlo. En España, notorios son los casos de Leopoldo Panero, Gómez de la Serna, Maeztu, Muñoz Seca, Manuel Machado y otros, que no reciben ni la millonésima parte del incienso que se quema en honor de Antonio Machado, Alberti o García Lorca. Para no hablar de Neruda y, en otro orden de cosas, del pintor ecuatoriano Guayasamín, puestos ambos en los cuernos de la luna, no por sus méritos, cuanto por demostrar los alabarderos latitud y longitud de mente, tantas como estrechez y mezquindad demuestran en caso contrario.

A menudo, las facnas censorias no las realizan los propios comunistas. Desoyendo el consejo de Sartre, conservan limpias las manos. Dejan esta labor de carbonero, revolvedor de muldares, buceador de pozo negro, a currinches faltos la mayor parte de las veces de talento, comisarios políticos de la cultura, sicofantes que denuncian a los disidentes, extirpan, condenan, proscriben, callan cualquier desviación de lo políticamente correcto. Y cuando es necesario, se erigen poco menos que en inquisidores oficiales de la heterodoxia política, como lo ha hecho recientemente el denominado historiador Javier Tusell con la revista *Razón Española* (8), efectuada la delación en las páginas de *El País*, diario matutino madrileño.

(7) M. SORIA, "Dogmas nuevos, nueva inquisición", art. publ. en la revista *Hespérides*, núm. 11 (otoño de 1996), págs. 747 y sig.

(8) JUANA FERNÁNDEZ SILVA, "Microinquisidor recusado", art. publ. en la revista *Razón Española*, núm. 97 (septiembre-octubre de 1999), págs. 220 y sigs.

No se precisa señalar que en tales circunstancias, o sea dominio de fantasmas, santones laicos, académicos de rebotica, acusadores oficiosos, secuestradores de ideas, mentirosos por omisión y calumniadores por comisión, de nada sirve el conocimiento acerca del comunismo. ¿Cómo se consigue explicar algo al ciego y sordo de nacimiento, al oligofrénico babeante, al frenético? ¿Qué logrará, en su intento de aclarar la verdad, nuestro amigo Ángel Maestro, por ejemplo, la persona que seguramente más sabe en España del comunismo soviético, sus avatares, disfraces y laberintos, partiendo de Lenin hasta llegar a Yeltsin, Primákov y Putin? (9). Además de ser difícil que se reconozca el mérito, salga a la luz la realidad, se divulgue el conocimiento de los hechos, quien esté al cabo de la calle en lo que respecta a la situación hodierna, se encogerá de hombros y tildará de anacrónico, tendencioso, inoportuno, alterador de la paz reinante tal cúmulo de datos.

Asfixia el fantasma, como esas almas en pena que se yerguen a media noche, junto a la cama del durmiente.

---

(9) Véase, por ejemplo, "Los órganos especiales rusos", art. publ. en la revista citada en la nota anterior, págs. 199 y sigs.